**FIESTA DE SANTA MARTA**

**2017**

La fiesta de Santa Marta de Astorga, virgen y mártir, nos reúne de nuevo en esta iglesia dedicada en su memoria. Venimos a su presencia para contemplar en su rostro la alegría del triunfo de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, del perdón sobre la venganza. Su vida y testimonio nos estimulan para asumir las pruebas de la vida que el Señor permite para fortalecer nuestra fe y nuestra paciencia, de modo que perseverando en la esperanza alcancemos la meta de la perfección en el amor.

Agradezco al Sr. Alcalde y a las demás autoridades su presencia en esta ofrenda que desde tiempo inmemorial se realiza ante la imagen de nuestra patrona. Reitero mi disposición para colaborar en los proyectos culturales, sociales o políticos de la ciudad desde la independencia y la misión propia de la Iglesia a la que represento como obispo.

En esta fiesta de Santa Marta, patrona de la ciudad de Astorga, quiero agradecer a todos los astorganos la acogida, el cariño y el afecto que me habéis mostrado en este primer año que estoy con vosotros. Reitero las palabras que os dirigí en mi primera homilía: “Aquí estoy para entregaros mi vida”; para dedicarme en cuerpo y alma, día y noche a todos y cada uno de los diocesanos. No tengáis reparos en acercaros al obispo a cualquier hora y para cualquier problema. Mi tiempo es vuestro tiempo. Mi vida es para el Señor y para vosotros, especialmente para los pobres y los afligidos por cualquier causa. Soy un hermano que viene a serviros para fortalecer vuestra fe y vuestra esperanza, para amaros de verdad y gozar cómo avanzáis en el amor a Dios y a los hermanos. Mi esperanza y mi gozo serán vuestro progreso espiritual. “

Hemos repetido como respuesta a la Palabra de Dios, las hermosas palabras del salmo 125: “Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares” Al pronunciarlas nuestro pensamiento se dirige inmediatamente a la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. El Señor, como el grano de trigo sembrado en la tierra, padeció y murió por nosotros en la cruz; pero se levantó glorioso del sepulcro para entregar a la humanidad, por medio de su Espíritu y de la Iglesia, la cosecha y el fruto de una vida nueva. Los discípulos fueron testigos de cómo el Señor en su Muerte y Resurrección sembró con lágrimas y cosechó entre cantares. San Beda el Venerable comenta que “lloraban y se lamentaban los que amaban a Cristo cuando le vieron apresado por los enemigos, atado, llevado a juicio, condenado, flagelado, ridiculizado, por último crucificado, atravesado por la lanza y sepultado… Se entristecieron los discípulos por la muerte del Señor, pero, al recibir noticia de su resurrección, su tristeza se convirtió en alegría; al ver después el prodigio de la ascensión, con una alegría aún mayor alababan y bendecían al Señor, como testimonia el evangelista Lucas” («Homilías sobre el Evangelio» - «Omelie sul Vangelo», 2,13: Colección de Textos Patrísticos, XC, Roma 1990, pp. 379-380).

Los mártires imitaron con su martirio a Cristo, pues como Él sembraron con lágrimas, con dolor y sufrimiento la tierra que aún estaba virgen para el cristianismo y nosotros cosechamos entre cantares sus frutos de gracia y de salvación. ¡Cuántas gracias debemos de dar a los mártires por sus lágrimas y por su sangre que fue y es semilla de nuevos cristianos! No temamos, pues, a las adversidades de la vida, ni a los sufrimientos y persecuciones por causa de nuestra fe. Más bien alegrémonos de poder participar con nuestro dolor en los méritos de la Pasión de Cristo porque estamos seguros que siempre dará fruto a su tiempo.

El salmo 125 concluye con estas palabras: “Al ir, iba llorando llevando la semilla; al volver vuelve cantando, trayendo sus gavillas” Son palabras de esperanza en el futuro y de confianza en Dios que es el que hace germinar y dar fruto a la semilla del evangelio que los cristianos esparcimos con nuestra palabra y testimonio por todo el mundo. Estamos en una época de nueva siembra del evangelio en nuestra tierra. No es fácil sembrar la fe en una sociedad en la que los corazones de los hombres están endurecidos por la indiferencia e incluso el desprecio de la fe y de la religión. Muchos contemporáneos nuestros consideran la fe cristiana, la iglesia y sus celebraciones como una antigualla del pasado que no sirve para nada en la vida posmoderna. En los países de larga tradición cristiana es necesaria una nueva forma de evangelizar que exigirá de nosotros derramar muchas lágrimas, asumir muchos desprecios, sufrir incomprensiones; pero que también nos dará muchas alegrías al ver cómo la gracia de Dios actúa en el corazón de los hombres y los convierte a sí.

En el proceso de nueva evangelización hemos de asumir la historia de nuestra fe y de nuestra iglesia con sus luces y sombras. La historia de la iglesia es “una historia de santidad” como nos recordó san Juan Pablo II en la Bula *Incarnationis Mysterium* con motivo del Gran jubileo del año 2000. Pero, “junto a los grandes testimonios de santidad también hay en la historia no pocos acontecimientos que son un antitestimonio en relación con el cristianismo. Por el vínculo que une a unos y otros en el Cuerpo místico, y aún sin tener responsabilidad personal ni eludir el juicio de Dios, el único que conoce los corazones, somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido. Y concluía diciendo: “Como Sucesor de Pedro, pido que en este año de misericordia la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos”.

Es absolutamente necesario para que la nueva evangelización de fruto, hacer un examen de conciencia a fin de reconocer nuestros pecados aunque esto nos cueste derramamiento de lágrimas por el dolor de contrición; pero sabemos por la fe que “un corazón quebrantado y humillado, Dios no lo desprecia” (Sal 50) porque “Dios es misericordioso y bueno, lento a la cólera y rico en clemencia” (Sal 102). No tengamos miedo a reconocer nuestro pecado y pedir perdón a Dios y a los hermanos.

Por otra parte, hemos de vivir el momento presente tal como es. Sin dulcificar la realidad ni exagerarla. Ante todo este tiempo, es un tiempo de gracia, un “kairós” Estamos ante un cambio de época de la que brotará otra cultura, otra sociedad, otro modo de ser y de entender la vida del hombre. Los cristianos, aunque nos cueste, debemos estar presentes en este diálogo social y cultural para exponer nuestro modo de pensar sobre la vida del hombre, la familia, la sociedad, la verdad, la justicia, la paz y tantas otras cuestiones en las que podemos aportar mucha luz.

En la fiesta de la mártir Santa Marta es bueno hacernos eco de estas palabras del Papa Francisco: “Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa. Hay quienes se consuelan diciendo que hoy es más difícil; sin embargo, reconozcamos que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana… Aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época. Para ello, os propongo que nos detengamos a recuperar algunas motivaciones que nos ayuden a imitarlos hoy” (EG 263).

Pidamos a Dios por intercesión de nuestra Patrona que la Iglesia que peregrina en Astorga sepa unirse a las lágrimas de la Pasión de Cristo para alegrarse un día de resucitar junto con la Virgen María y Santa Marta en la gloria celestial.

† Juan Antonio, obispo de Astorga